

Darío Villanueva

Poderes de la palabra. Retórica, política, derecho, literatura, publicidad

Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2023, 335 pp. ISBN: 978-84-19392-18-3

MANUEL CABELLO PINO

Universidad de Huelva

manuel.cabello@dfesp.uhu.es

<https://orcid.org/0000-0002-2683-9168>

AUNQUE DARÍO VILLANUEVA no sea lingüista de formación, sino catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, campo en el que es una referencia absoluta, no cabe duda de que su interés por la lengua y por las palabras le ha granjeado el máximo respeto entre los escatepecialistas. No solo lo atestiguan así su paso por la Real Academia Española de la Lengua, de la que fue primero secretario (2010-2015) y posteriormente director (2014-2018), y su actual cargo de presidente de Fundéu, sino también las numerosas conferencias que ha impartido por el mundo hablando de cuestiones de lengua. En ese sentido, en los últimos tiempos parece haber decidido encauzar ese interés a través de su faceta ensayística, tal como de-

mostró con la publicación en 2021 de *Morderse la lengua. Corrección política y posverdad*, donde se centraba sobre todo en analizar cómo la lengua está siendo manipulada artificialmente en la sociedad occidental para plegarse a fenómenos tan cuestionables como los de la corrección política y la posverdad. En *Poderes de la palabra. Retórica, política, derecho, literatura, publicidad* el profesor emérito de la Universidad de Santiago de Compostela vuelve a incidir en algunas de sus preocupaciones intelectuales relacionadas con el ámbito de la palabra, pero en este caso desde la perspectiva de los poderes que esta puede llegar a tener. En concreto, el libro trata de mostrar cómo la Retórica ha servido siempre a campos tan diversos de la actividad humana como la

política, la publicidad, la literatura o la jurisprudencia.

Ya desde el prólogo (pp. 7-10) se nos advierte de la presencia fundamental que va a tener en la obra Marshall McLuhan, autor de *The Gutenberg Galaxy*, y a quien Villanueva concede una enorme influencia en la cultura contemporánea a pesar de haber muerto antes de la irrupción de la «Galaxia Internet». En sus propias palabras «lo que pueda ocurrir en este nuevo escenario con el lenguaje, la literatura, la cultura y la propia realidad ha sido otra de mis preocupaciones desde finales del siglo pasado» (p. 10), y a semejante reto intelectual ha tratado de dar respuesta con este libro.

El primer capítulo «El apocalipsis de la realidad» (pp. 11-38) comienza abordando el caso de Ronald Reagan, a quien Villanueva considera «una de las figuras semióticas más interesantes de la posmodernidad» (p. 14) y que sirve a este para comenzar a ilustrar «ese potencial no solo ilocutivo sino también performativo que la Retórica tiene para hacer locutivamente real lo imaginario, o simplemente lo falso [...]» (pp. 13-14). Sin embargo, el expresidente de los Estados Unidos le sirve al autor simplemente como punto de partida para alcanzar su auténtico objetivo, que no es otro que estudiar cómo a lo largo de la historia lo real ha sido a menudo suplantado por los signos de lo real. El exdirector de la RAE sostiene la idea de que los grandes avances tecnológicos produjeron que la palabra oral volviese

a imponerse a la escrita, lo que ha traído consigo un renacer de la Retórica, y para defender esta idea se apoya en los postulados de figuras de la talla de los constructivistas Nelson Goodman o Jerome Bruner, la semióloga Susana Reisz o incluso Umberto Eco, sin olvidarse del inevitable Marshall McLuhan o de Walter Ong.

Si en el primer capítulo Villanueva reivindica la elocuencia de Ronald Reagan, en el segundo, «La eficacia retórica del «Yes we can»» (pp. 39-66), son las dotes para la Retórica de Barack Obama, de muy diferente naturaleza a las del primero, las que son analizadas y alabadas. Para el autor, el énfasis retórico ha acompañado a la democracia americana desde los padres fundadores, pero a la vez la retórica de sus presidentes ha ido sufriendo un proceso de decadencia continuo, tendencia que, según él, subvierte la aparición de Obama. De este modo, el capítulo se centra en analizar la eficacia perlocutiva de los discursos del *Yes we can* que este pronunció durante su campaña electoral a la presidencia de los Estados Unidos. Así, las comparaciones con otros grandes oradores como Franklin D. Roosevelt con sus *fireside chats* o Martin Luther King con el famoso *I have a dream* se van sucediendo a lo largo de las siguientes páginas, mientras se nos van dando pruebas de la maestría del 44º presidente de los Estados Unidos a la hora de utilizar los recursos de la Retórica, desde la *evidentia* a la *anadiplosis*, la *reccriminatio* o la *variatio*.

Siendo, como hemos visto, la elo-
cuencia de los presidentes norteamericanos la que ejerce de nexo de unión de los dos primeros capítulos, los dos siguientes van a girar en torno a la cuestión de la autobiografía como género literario. En el primero de ellos, «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía» (pp. 67-88), trata de analizar el renacido impulso de la literatura del yo que se está dando en nuestra época, así como de relacionar autobiografía y Retórica. Frente a Paul de Man, que considera la prosopopeya como la figura dominante en la autobiografía, a Ángel G. Loureiro que señala como tal al apóstrofe o a James Olney que le otorga esa primacía a la metáfora, Villanueva considera que es la paradoja la figura lógica que ocupa ese lugar central. De ese modo, en este capítulo trata en un registro pragmático de la «estructura parojoal» de la autobiografía, y lo hace partiendo de las numerosas aportaciones de Philippe Lejeune, pero enlazando además las consideraciones semánticas y pragmáticas de la misma como, por ejemplo, la relación directa existente entre el pacto de ficción, la voluntaria suspensión del descreimiento propio de la literatura, y el «principio de cooperación» que señaló Grice desde la Pragmática.

En «Los diálogos entre derecho y literatura (Un caso práctico: el informe Barral)» (pp. 89-106) también se tratan las relaciones entre realidad y ficción, pero desde una perspectiva muy distinta: para el autor, el Derecho y la Liter-

atura son dos actividades intelectuales que «[...] remiten a la realidad y la reproducen; pero, igualmente, tienen la capacidad casi taumatúrgica de crearla» (p. 93). Se trata en cualquier caso de un capítulo con una naturaleza bastante especial y distinta a la del resto. A una breve disertación teórica sobre el poder genésico del lenguaje haciendo escalas en las aportaciones de Karl Bühler, Ludwig Wittgenstein y Bertrand Russell desde la lingüística y la filosofía y en las de Bernard Edelman desde el derecho, le sigue la explicación de un caso muy concreto en el que, según Villanueva, están presentes la mayoría de las implicaciones que ha ido mencionando de la Literatura y el Derecho con el lenguaje y la realidad: el de la querella por injurias que un gerente editorial presentó a comienzos de los ochenta contra Carlos Barral por lo expresado en un fragmento de su novela *Penúltimos castigos*. El resto del capítulo es la reproducción literal de *El informe Barral*, que el propio Villanueva preparó como perito a petición de la defensa de Barral, y en el cual están contenidas muchas de las ideas del primero que ya han ido apareciendo previamente en *Poderes de la palabra*.

El capítulo cinco, «Lenguaje, imagen y publicidad» (pp. 107-142), comienza con un breve repaso por los principales hitos de la Semiología y la Semiótica, que Villanueva considera dos nombres para una misma operación del conocimiento dedicada al estudio de los signos como instrumentos de co-

municación socializados, y que va de Saussure a Charles Morris pasando por Charles Sanders Pierce. El autor considera que «vivimos en una sociedad hipersemiotizada» (p. 108), y durante el resto del capítulo se dedica a analizar una serie de anuncios publicitarios de distintas épocas para demostrar que «retóricamente la publicidad es un campo de experimentación riquísimo» (p. 135). Resultan tremadamente interesante en este sentido los análisis contrastivos que lleva a cabo entre anuncios publicitarios con disposiciones visuales especiales, como una campaña sobre el AVE, y los caligramas de Guillaume Apollinaire o la posterior *poesía concreta* o *poesía visual*. En definitiva, el capítulo supone una demostración de que literatura y publicidad comparten los mismos recursos retóricos y lingüísticos, siendo la aspiración de perdurar de la primera lo que básicamente diferencia a ambos ámbitos.

Tal como ya nos advertía Villanueva desde el prólogo, la omnipresencia de la figura del autor de *La Galaxia Internet* a lo largo del libro se concreta específicamente en el capítulo seis, «Marshall McLuhan (1911-1980), un visionario conservador» (pp. 143-172), que ejerce de eje central en torno al cual se vertebran *Poderes de la palabra*. Para cuando llegamos a este punto de la lectura del libro, McLuhan ya ha sido utilizado por el Villanueva como apoyo de sus ideas en todos los capítulos precedentes y lo seguirá haciendo en los siguientes. A pesar de que en todos esos otros capítu-

los McLuhan es una referencia más entre las muchas en las que basa el autor sus propias argumentaciones, su presencia constante nos hace percibir inequívocamente que su figura y sus ideas son especialmente importantes para el catedrático emérito de la Universidad de Santiago de Compostela. Pero es al llegar a este capítulo cuando realmente cobramos conciencia de la auténtica magnitud del interés que Villanueva siente por McLuhan y aquello que llegaría a darle reconocimiento mundial: «el estudio de los medios de comunicación y la incidencia de las nuevas tecnologías en la configuración de la humanidad» (p. 145). No en vano, a la semblanza de su figura y al análisis de sus ideas y de la influencia que han tenido en la sociedad le dedica las siguientes treinta páginas.

De una naturaleza muy distinta es el capítulo siete, «Literatura y galaxias de la comunicación» (pp. 173-190), que supone una aportación muy personal del actual director de Fundéu al tan manido debate en torno a la pervivencia del libro y de la literatura tras la irrupción de la Galaxia Internet. Frente a agoreros como Alvin Kernan que ya en 1990 vaticinaba simplemente su muerte, Villanueva, muy al contrario, no cree que vaya a desaparecer, de modo que su interés se centra más bien en analizar en qué medida las nuevas tecnologías van a alterar la literatura tal como la conocemos, y en fenómenos como la *ciberliteratura* y en una posible *pos-literatura*. Para él, el peligro radica

en que el carácter fungible que suele tener la cultura del ocio propia de esta nueva era digital se traslade también a la escritura, de modo que se suplante la literatura, que se ha definido siempre por su voluntad de perdurar en el tiempo, «por algo que no sea sino un remedio de la misma» (p. 190).

También como una especie de respuesta al funesto vaticinio de Alvin Kerman en *The Death of Literature* se presenta «La biblioteca de los nativos digitales» (pp. 191-212), el octavo capítulo del libro. Sin embargo, en esta ocasión la reflexión no gira en torno a la pervivencia de los libros sino de los espacios que habitualmente han servido no solo para contenerlos sino además para organizarlos: las bibliotecas. En ese sentido, el filólogo gallego hace especial hincapié en diferenciar lo que sería una auténtica biblioteca digital, como la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que proporciona numerosas herramientas lingüísticas e hipertextuales que enriquecen la mera disponibilidad de una obra en internet, de lo que son los simples programas de busca de libros como el de Google (<https://books.google.es>). Para Villanueva «uno de los problemas de internet es una cierta confusión entre información y conocimiento, así como el peligro de provocar una especie de infocaos» (p. 210), de modo que se reafirma en su apuesta por la biblioteca híbrida como «el recinto privilegiado para el más cabal desarrollo de la inteligencia y la educación humanas» (p. 211).

Por su parte, en el capítulo nueve, «Teoría retórica de la ciudad» (pp. 213-230), cambiamos completamente de tercio pues, en él, el exdirector de la RAE parte de la teoría política de la ciudad formulada por Aristóteles, que él considera en cierto modo una teoría retórica, verbal, de la ciudad, para realizar un repaso de la presencia precisamente de la ciudad en la historia de la literatura. De Alfred Döblin y Jules Romains a Vicente Aleixandre o James Joyce, pasando por Petrarca o Victor Hugo, este repaso, que pretende ser más sentimental que exhaustivo, permite a Darío Villanueva ilustrar algunos de los compromisos fundamentales que en su opinión guarda la palabra con las ciudades, o como él mismo aclara, con algunas ciudades. Y una de esas ciudades es, para él, su ciudad, Santiago de Compostela, que pertenece a esa estirpe de urbes que «se han caracterizado desde siempre por una manifestación suprema del diálogo cultural, la convivencia de las lenguas» (p. 228) y a la que claramente quiere honrar en este ensayo.

El capítulo diez, «En el centenario de Nebrija: El imperio de las lenguas» (pp. 231-260), es junto al seis el único que se dedica por entero a glosar los méritos de una figura histórica. Pero no se trata de una figura cualquiera. En este sentido, aunque Marshall McLuhan y Nebrija sean dos personajes muy distintos, separados no solo espacial y temporalmente sino por supuesto también ideológicamente, la admiración

que traslucen las treinta páginas que le dedica Darío Villanueva no es menor en modo alguno que la que destilan las que dedica al autor de *La Galaxia Internet* en este mismo libro. No en vano, para el exdirector de la RAE «Elio Antonio de Nebrija, él solo, fue algo así como una protoacademia de la lengua española» (p. 234). Pero lo más llamativo, sin duda, de la semblanza que realiza Villanueva es que para él Nebrija sigue siendo completamente actual y contemporáneo de todos nosotros porque tuvo que vivir una época y enfrentarse a una serie de adversidades que encuentran numerosos paralelismos con la situación actual: tuvo que vivir «en una época de insoportable indigencia intelectual y cultural» (p. 235), como la nuestra; tuvo que lidiar con las consecuencias de una revolución tecnológica, como fue en su momento la imprenta, que afectó al conjunto de la sociedad, igual que nos sucede actualmente con la revolución digital; y tuvo que enfrentarse a la censura de la Santa Inquisición que encuentra su equivalente actual en la «censura posmoderna», ahora denominada «corrección política» (p. 246).

Si en *Poderes de la palabra* hay un capítulo con un título inequívoco, ese es desde luego «Lengua y constituciones» (pp. 261-284), pues eso es ni más ni menos lo que hace Darío Villanueva en él: analizar lo que se ha dicho a lo largo de la historia en numerosas constituciones y estatutos de autonomía sobre la lengua española

y sus variedades. En este sentido, el capítulo arranca con una referencia a la *Constitución de la República Española* de 1931, en la que se puede encontrar la primera referencia a la lengua común y a las lenguas vernáculas, pero se centra sobre todo en la de 1978, que consagró la preeminencia del término *castellano*, y que, en su opinión, permitió la neutralización de bilingüismo y diglosia en nuestro estado. A continuación, Villanueva realiza un repaso más extenso por los estatutos de autonomía, que resultan bastante más controvertidos por tratar los asuntos vinculados con las lenguas vernáculas y su relación con la lengua oficial del estado. Pero como la lengua española no es patrimonio exclusivo de España, también las constituciones de los países americanos son analizadas desde esta perspectiva, así como las de Filipinas y Guinea ecuatorial. Finalmente, el reconocido filólogo gallego centra su atención en las academias de la lengua española y realiza un breve repaso histórico, que funciona igualmente como estado de la cuestión.

Por último, en el capítulo doce, «Corrección política y poderes» (pp. 285-325), el catedrático emérito de la Universidad de Santiago de Compostela vuelve al tema de su anterior libro para denunciar una vez más que la corrección política constituye, en su opinión, una forma de censura perversa ejercida por una minoría militante hipermovilizada que se mantiene misteriosamente ilocalizable. Para ello comienza por hacer un repaso de los diversos trabajos que

desde 1993 se han encargado de estudiar este fenómeno creciente, desde *La cultura de la queja* de Robert Hughes a los trabajos de Herbert Marcuse, Sarah Dunant o Ricardo Dudda, de quien destaca la impactante frase «Los censores son hoy los buenos». Pero son sobre todo sus propias experiencias como miembro de la RAE las que le permiten a Villanueva ponernos varios ejemplos de cómo diversas asociaciones pertenecientes a lo que se denomina la «sociedad civil» han intentado ejercer en numerosas ocasiones una «presión coercitiva sobre la lengua, y especialmente sobre los responsables de la elaboración de los diccionarios» (p. 292), aunque, curiosamente, algunos de las situaciones más absurdas que se nos cuentan no son referentes a la lengua española, sino al inglés, que no cuenta con academias de la lengua. Pero, sin lugar a dudas, el aspecto de la corrección política que más parece interesar (y molestar) al exdirector de la RAE es el del sexism lingüístico al que dedica veinticinco páginas, nada extraño si tenemos en cuenta los numerosos encontronazos que la institución ha tenido a lo largo de las últimas décadas con los partidarios del lenguaje inclusivo, a algunos de los cuales alude el propio Villanueva en estas páginas.

Aunque en muchos momentos traten sobre los mismos temas, *Morderse la lengua* y *Poderes de la palabra* son dos trabajos muy alejados en su concepción y, por eso mismo, también en su disposición formal como libros.

Mientras el primero de ellos, considerado libro del Año 2021 por la Fundación Francisco Umbral, era claramente un extenso ensayo que el eminent filólogo gallego se sentó a escribir en fecha reciente, el segundo, tal como él mismo explica en el prólogo, es una compilación de doce ensayos escritos entre 1993 y 2022, es decir, hay casi treinta años de diferencia entre algunos de ellos. Este hecho afecta evidentemente a la unidad de este más reciente trabajo, que carece de la cohesión interna del anterior. A pesar de que Villanueva intente darles a los trabajos una disposición lógica en torno a la idea del poder de la palabra y de la omnipresencia de la Retórica en todos los ámbitos de nuestra vida, se percibe demasiado la procedencia dispersa de los trabajos originales, y probablemente por ello mismo la naturaleza formal tan distinta que tienen unos capítulos respecto a otros. En este sentido, quizás se hubiera agradecido que en alguna parte del libro figuraran la procedencia de cada ensayo y la fecha en que fueron originalmente publicados o leídos como conferencia, si bien es cierto que en el caso de algunos de ellos se puede deducir fácilmente con la lectura del mismo.

A pesar de ello, si hay algo que no se le puede reprochar a *Poderes de la palabra* es falta de coherencia ni de conexión lógica entre las ideas expresadas en los doce trabajos. Todo lo contrario, no solo hay temas como el poder genésico del lenguaje, el pacto autobiográfico, la revolución digital o la muerte del libro

que resultan transversales a todo el libro, sino que, además, muchas de las principales referencias sobre las que se asienta el pensamiento del autor aparecen una y otra vez a lo largo de casi todos los trabajos, desde Walter Ong a Gabriel Zaid, de Karl Bühler a Paul De Man, de Aristóteles a Francisco Rico. Y, por supuesto, el omnipresente Marshall McLuhan.

En definitiva, a pesar de no haber sido escrito con esa intención, *Poderes de la palabra. Retórica, política, derecho, literatura, publicidad* funciona perfectamente como continuación y complemento de *Morderse la lengua*.

Corrección política y posverdad, pues en él Darío Villanueva incide en muchas de las cuestiones relacionadas con la lengua que ya aparecían apuntadas en su anterior libro. Ambos suponen, por lo tanto, un díptico ideal para quien quiera profundizar en el pensamiento intelectual de alguien como el exdirector de la RAE y actual presidente de FundéuRAE cuya importancia trasciende claramente el ámbito puramente académico. En este sentido, la lectura de sus dos últimos trabajos proporciona una inmejorable visión de conjunto de sus ideas sobre la relación entre la lengua y la sociedad.